



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Una jornada histórica en Barcelona. 1535

Juan Miguel Teijeiro de la Rosa

Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Sección de Historia Militar

1 de febrero de 2024

Sin duda cualquier lector es conocedor de que los alardes eran en la Edad Media formaciones de tropas organizadas antes o después de una contienda militar, y que tenían como objeto el recuento de los efectivos. Poco a poco, y sobre todo desde los últimos años del siglo XV, se incorporó a los mismos un nuevo objetivo: la necesidad de conocer si las tropas formadas no solo alcanzaban un número determinado, sino si, además, disponían del armamento adecuado y demás apoyos que las ordenanzas exigían.

Con la aparición de los primeros ensayos de un ejército permanente en los postreros años del reinado de los Reyes Católicos, los ejércitos crecieron en volumen, habida cuenta, sobre todo, de las campañas en el exterior de la Península. Por otro lado, la retribución a los señores y tropas que en ellas participaban dejó de ser fundamentalmente de mera concesión de tierras y honores, para transformarse en una economía dineraria. El coste de los ejércitos y de las campañas se hizo cada vez más gravoso, y la Hacienda Real se vio obligada a tener muy en cuenta el volumen de hombres a los que había que pagar por su concurso en las operaciones previstas. Como contrapartida de tal paga había que

asegurar que éstos concurrían con las armas, monturas y pertrechos a que estaban obligados.

Así pues, empezó a ser habitual la periódica convocatoria a las tropas para pasar *alarde* -algo que también empezó a denominarse *muestra*-, y que tal formación revistiera la máxima solemnidad con jefes y tropas «de punta en blanco», y con sus banderas y atambores. Los presidía en cada caso la máxima autoridad militar, pero los encargados de pasarlo, es decir, de hacer la comprobación administrativa de que todo estaba en orden, se ordenó estuviese a cargo de unos nuevos oficiales nombrados expresamente para gestionar y controlar la administración militar. Eran los veedores y contadores que comprobaban *de visu* y sentaban en sus libros todos los datos necesarios para poder llevar a cabo la *cuenta y razón*, es decir, una contabilidad adecuada que justificara luego las pagas que la Hacienda Real había de librar a las tropas. De un correcto desarrollo de la muestra o alarde dependía en buena manera el estado de la Hacienda del rey. Ya desde fines de aquel siglo todo se escribía y de todo había que rendir cuentas, tratando de evitar así cualquier fraude a las arcas reales.

Empezaron de esta manera a publicarse las primeras ordenanzas para regular las expresadas muestras, algo incipiente aún en los primeros años del reinado del emperador Carlos, pero que siguió regulándose en este siglo y en los siguientes, y que alcanzó incluso (ya con el nombre de *revista de comisario*) a los reglamentos de 1 de enero de 1885 para la Marina, de 7 de diciembre de 1892 para el Ejército de Tierra, y de 15 de noviembre de 1940 para el del Aire, hoy ya derogados.

Pero, tras recordar todo lo anterior, centrémonos en el tapiz en cuestión. Siguiendo la política mediterránea de su abuelo Fernando el Católico, el emperador, conecedor de las continuas incursiones de piratas berberiscos en las costas peninsulares e italianas, impulsadas por el corsario Barbarroja, en 1534 decidió la conquista de Túnez. Ello suponía una importante expedición naval que él mismo había de comandar. Pensaba Carlos V que iba a ser una jornada gloriosa para sus armas, y que de ella había que dejar constancia para la posteridad y para su propio nombre y fama.

Para ello hizo que los pintores Peter Coeck van Aelst y Jean Cornelisz Vermeyen acompañaran a las tropas, y reflejaran en cartones las escenas más sobresalientes de aquella expedición. En total se hicieron seis cartones, que luego fueron enviados a Bruselas para su traslado a tapices tejidos con oro, plata, seda y lana por el famoso tapicero Wilhem Pannemaker, quien dio fin en Brabante a su trabajo hacia 1554. De ellos el más famoso es el que aquí nos ocupa describiendo la muestra pasada en Barcelona el 14 de mayo de 1535 a los caballeros que iban a embarcar rumbo a Túnez.



El propio tapiz hace referencia a tal muestra en la cartela superior que lo preside:

Todas estas cosas asy ordenadas y medido el tiempo cóforme a lo que el Emperador le parecía que convenía partyr para Barcelona: a la misma sazón que las armadas podría llegar: parte de Madrid y llega a Barcelona, donde reconociendo los aparejos que ally havia mandado proveer: haze muestra o alarde de los grádes y cavalleros de su casa y corte: y acabadas de juntar las armadas ´q ally havia de venyr, postrero dya de Mayo, se hizo a la vela: llevado en su compaignia al Infante don Luys su cuñado q có muchos cavalleros portogueses, venya a hallarse en la jornada. toca é mallorca y menorca y có tiempo algo rezyo pasa por el golfo de leó a cernená dóde, halla el armada ´q el mar´qs del Gasto traya de Ytalia, como se representa éla primera pieça ´ques la carta de marear, y assy de muchas hecha una: de mas de 350 velas prosigue el Empoór su viaje é Africa.

Pero antes de esta muestra el emperador comenzó los preparativos poniendo en pie de guerra las tropas que iban a participar en la expedición. Fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona y biógrafo de don Carlos, en su *Historia del emperador Carlos V, rey de España*, publicada entre 1604 y 1606 nos refiere que éste levantó en Nápoles hasta unos 4.000 soldados viejos, además de otros 8.000 italianos, y en la Península entre 8.000 y 10.000, además de gran parte de la nobleza española y aún de Portugal. Estos últimos acudían por orden del rey portugués, que quiso así ayudar al emperador en esta jornada, haciendo que

acudieran a la misma el infante don Luis, hermano de la emperatriz y otros caballeros de título y soldados. A todos ellos hizo don Carlos pasar muestra en distintos lugares, lo mismo que a los caballos que había en la corte y que iban a ser embarcados, unos 1.500 «con ricos aderezos y otras buenas guarniciones».

Marchó luego el emperador a Barcelona, donde debía reunirse la escuadra y él embarcar, dejando los asuntos del reino en manos de la emperatriz. El 28 de abril de 1535 llegaron a la playa de Barcelona veinte carabelas armadas y pagadas por el rey de Portugal, y con ellas un galeón de gran porte. Tras ellas, otras cuatro carabelas y dos naos cargadas de bastimentos, armas y municiones, y mandadas por el general portugués Antonio de Saldaña. Recibidos por los duques de Alba y de Cardona, fueron los caballeros a besar la mano de don Carlos, que se encontraba en la posada del embajador de Portugal. «Venían los portugueses muy lucidamente vestidos, cada capitán de su color, y los soldados y criados con varias y ricas libreas, y el general traía de guarda treinta arcabuceros, vestidos de verde y blanco».

El primero de mayo entró en Barcelona el príncipe Juan Andrea Doria con veintidós galeras bien artilladas y engalanadas con banderas y gallardetes.

Cada una parecía un jardín, con mucha música de trompetas, clarines, chirimías y atambores [...] y llegando a donde el emperador estaba, batieron por tres veces las banderas con gran grito, diciendo: Imperio, Imperio. Luego dispararon la artillería y arcabuces, y hecha la salva, salieron todos los grandes y caballeros cortesanos a la lengua del agua.

El 12 de mayo entró en la barra don Álvaro de Bazán, general de las galeras de España, con doce galeras. Se echaron otras cinco al agua, y en las atarazanas había otras treinta sacadas de astillero. Aún faltaba la armada que traía el marqués del Vasto con 9.500 hombres y más de setecientos jinetes andaluces. Todos los soldados y marinería que traía ya habían pasado muestra con anterioridad. Pero, además, venían otros 4.500 sin paga, «aventureros, caballeros y gente de bien».

Faltaba, pues, solo pasar muestra a los nobles y caballeros principales allí reunidos. Sandoval cuenta que iban a pasarla el ya referido infante don Luis de Portugal, don Fernando de Aragón, duque de Calabria, don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, don Antonio Pimentel, conde de Benavente, Andrea Doria, príncipe de Melfi, y así hasta un centenar de nobles, además de muchos caballeros y capitanes, de cuyos nombres el biógrafo nos deja constancia.

Así las cosas, el emperador mandó pregonar muestra general para el 14 de mayo. Ahora es Antonio de Capmani, quien en 1787 publicó en un Apéndice de sus *Ordenanzas de las Armadas Navales de la Corona de Aragón*, el relato de lo que

fue aquella muestra, tal y como aparece en el libro o diario de la ciudad de Barcelona redactado por Francisco Desvilar, secretario del racional de aquel ayuntamiento, y que, traducido al castellano, dice así:

A las cinco de la mañana volvió a tocar la trompeta por la Ciudad. Entonces los Grandes Señores y Caballeros con su gente armada acudieron a la puerta de San Daniel (sitio que hoy ocupa la plaza de la Ciudadela); y S.M., con la guardia de a caballo, todos muy bien armados, y vestidos de uniformes nuevos en el modo acostumbrado, él fue de los primeros. Allí encontró ya la guardia de a pie, que le esperaba, vestida de nuevo de color amarillo, burel y morado, con jubones de terciopelo: los Españoles y Flamencos, cada uno con su Capitán.

Así mismo había ya muchos Señores que habían acudido. Vino S.M. a caballo, muy bien armado y ataviado, con el guion que iba detrás, y la guardia de a caballo. [Sandoval refiere que don Carlos estaba armado de todas las armas, salvo la cabeza, que llevó descubierta, con una maza de hierro dorada en la mano; lo cierto es que en el tapiz aparece sin casco, pero con un gorrito, tal vez puesto para protegerse del sol]. Así que llegó S.M. todo el mundo abrió calle: pasó, y tomó el camino de la Laguna; y entonces la trompeta volvió a tocar, avisando que todos siguiesen a S.M., y quedó la trompeta en la puerta tocando para los que venían, como eran todos los Grandes Señores y Caballeros con sus criados de a pie y de a caballo, muy bien armados y de divisas nuevas, vestidos de seda y brocado.

Dejemos un momento el relato de Francisco Desvilar para hacer hincapié en la solemnidad con que se pasaban las muestras, y el lucimiento que se exigía en armaduras y vestidos. Años después de esta formación Alonso de Ercilla en el Canto Cuarto de la *Araucana* (1569-1589) describía, así como se preparaba la tropa para una muestra:

Unas botas espadas afilaban,
Otros petos mohosos enlucían,
Otros las viejas cotas remallaban,
Hierros otros en astas engerían,
Cañones reforzados apuntaban,
Al viento las banderas descogían
Y en alardosa muestra los soldados
Iban por todos partes ocupados.

Pero continúa Desvilar:

Todos seguían a S.M., y quando hubieron pasado la hacienda de Ortolá, S.M. mandó hacer una raya hasta el mar, por donde hizo pasar toda la gente de

armas, infantería y caballería, y los demás que los seguían, así de pie como de a caballo, de la Ciudad, para ver cosa tan soberbia, mandando no pasasen de dicha raya.

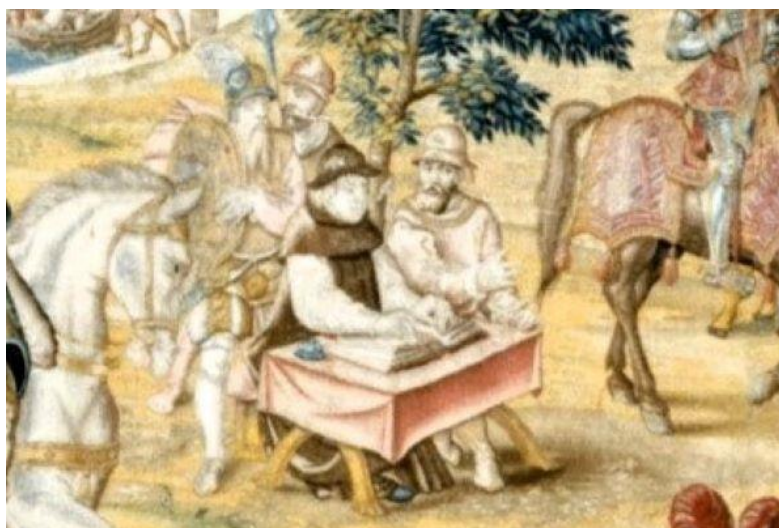
Ahora es de nuevo Sandoval quien nos refiere una pequeña anécdota que tuvo lugar antes de iniciarse la muestra:

El emperador puso en orden los caballeros; uno de ellos desconcertaba el orden, y el emperador enojado puso las piernas al caballo rompiendo por medio del escuadrón, y llegando a él le hirió con la maza en la cabeza, y volviéndose hacia donde el duque de Alba y otros caballeros estaban dijo: "No hay cosa más difícil que regir bien y gobernar un escuadrón".

Y sigue Desvilar:

Mandó S. M. que cada qual, así los de a pie como los de a caballo, pasasen uno a uno por su presencia; y al pasar todos le hacían reverencia. S.M. les miraba las armas y caballos, y contábalos haciéndolos escribir por un Secretario suyo en una mesa que estaba puesta para ello.

Aquí el cronista catalán, tal vez poco ducho en las nuevas ordenanzas de Castilla, se equivoca, y parece desconocer las figuras y funciones de los nuevos oficiales reales. No era misión del emperador contar y comprobar las circunstancias de los caballeros a quienes se pasaba muestra; simplemente la presidía, como era de rigor, y tal papel era desempeñado por el veedor y el contador. Así lo refleja el tapiz de Pannemaker. En éste se puede apreciar a dos oficiales de la Corona sentados a la sombra del único arbolito de aquel campo, y cubiertos por sendos gorritos como el emperador. No era fácil de representar la comprobación que el veedor hacía del número de los caballeros para justificar luego sus pagas, y el pintor lo resuelve haciendo que aquél haga el gesto de contar con los dedos de ambas manos mientras los observa atento. Más sencilla es la representación del contador,



sentando en su libro lo que el veedor le indica. Mientras que el emperador, veedor y contador aparecen al fondo, en un segundo plano, cabe destacar en el primero la figura del duque de Alba, barbado y seguido por el jovencísimo infante don Luis.

Volvamos al relato de Desvilar:

Quando todos hubieron pasado hacia el mar, S. M. se dirigió a ellos, y en altas voces les dixo: Señores, pues es así que habéis determinado pasar con esta nuestra Armada, ved aquí la imagen del que ha de ser el Capitán General nuestro, el qual por nosotros quiso morir. Por esto es de razón, que, por defensa de Su Santa Fe Católica, nosotros nos ofrezcamos a morir si fuese menester. Diciendo estas palabras, con sus imperiales manos desplegó una solemne bandera, en la qual estaba pintada una imagen de Nuestro Señor Jesu-Christo crucificado, y en la otra banda las columnas con el Plus ultra, y así suelta, y a todos mostrada, la encomendó a un Caballero, y mandó se pusiesen en ordenanza todos.

Después que todos fueron ordenados, tomaron la vuelta de la Ciudad en aquella formación, entrando por la puerta de San Daniel. Venía delante un trompeta a caballo sonando toque de guerra; después venían dos Tenientes a pie de la guardia de infantería de S.M.; después dicha guardia de infantería de Alabarderos, la Española y la Flamenca, en filas de seis de frente, mezclados un Español y un Flamenco, con sus tambores; iban muy galanes con el uniforme nuevo de aquel día. Después venían los Capitanes de dicha guardia a caballo, y un Señor Flamenco, que se llamaba Rocandolfo por los Flamencos, y don Luis de la Cueva por los Españoles. Venían después todos los trompetas de S.M. tocando, vestidos de seda de la misma divisa; después seguían los pages de S.M. y primero tres pages chiquitos con tres jacas y todos vestidos y tocados a la morisca. Luego venían doce de ellos vestidos de seda de los mismos colores, con caballos cubiertos de brocado y seda; y cada uno llevaba un arma cubierta, esto es, una pica, un arcabuz, una ballesta, una espada, una alabarda, y otras armas, todo para la persona de S.M.

Después venían tres grandes Señores armados sin lanzas con sus cotas de Reyes de Armas. Después venía la persona de S.M. en su caballo, con paramentos de raso carmesí bordado de oro, y él armado, sin almete, y sobre la armadura un sayo de raso carmesí recamado de oro, y a la cabeza un sombrerito de seda grana con plumage blanco; llevaba en la mano una hermosa maza de hierro sobredorada de hombre de armas; y detrás venía el Guión. Después venían tres pages con sus caballos cubiertos, el uno llevaba un yelmo de guerra; el otro un yelmo Real; y el otro una lanza gruesa cubierta. Después venía la bandera en que estaba el Crucifixo, y las armas del Imperio y de los Reynos.

Luego seguían todos los grandes señores de tres en tres, esto es, tres Señores y tres pages con lanzas; de los primeros eran el Duque de Alba, el Conde de

Benavente, el Marqués de Aguilar, todos armados y con sayos de brocado, y con sus caballos ricamente enjaezados. detrás de ellos venían tres pages a caballo, que llevaban las lanzas. Después otros tres Señores, y después tres pages con lanzas; y en esta forma seguían todos, tres Señores y tres pages. Después venían muchos caballeros, sin pages, con las lanzas enhiestas. Después toda la gente de armas, estradiotas y ginetes, que eran los criados de los Grandes Señores, con sus libreas de brocado de diversas sedas de color. Después venían algunos Señores como los primeros, con pages que les llevaban las lanzas. Después venía un trompeta, y cerca toda la guardia de a caballo de S.M. y retaguardia, con su bandera, que figuraba de una banda a S. Christóbal, y de la otra las armas del Imperio; los cuales eran 300.

Ivan todos los Grandes Señores y Caballeros muy ricos de armas, paramentos y caballos, y los pages y criados lo mismo de vestidos nuevos, quien de brocado, quien de seda, como mejor pudo; los cuales fueron entre todos pasados de 1.300 hombres de armas. Y así en este orden entraron por dicha puerta, y fueron por la marina, y la calle ancha, y llegaron a la Rambla hasta el peso de la paja. Y volviendo la Rambla abaxo, S.M. se detuvo a la puerta de la huerta del obispo, donde alojaba; y toda la caballería pasó por delante de S.M. haciéndole reverencia; y así se volvieron a sus posadas. Fue función tan notable, que no se cree que jamás en Barcelona se haya visto tan rico y soberbio espectáculo.

Así termina Francisco Desvilar con la descripción de tan singular jornada. Una larga cita, pero que merece la pena por lo que nos cuenta. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2024